

Telmo Peña-Amaya *

El 2001 de José Celestino Mutis

Stanley Kubrick empieza su película *2001. Odisea en el espacio* haciendo emerger de la tierra una gran pilastra de metal que hace la primera sombra simétrica del planeta. Son épocas habitadas por el peludo *pithecanthropus erectus*, que ha descubierto que puede atacar y obtener el dominio del territorio con instrumentos diferentes a sus uñas y colmillos. Con fémur en mano como arma letal, se hace acreedor del agua que hay en la árida zona. De ese momento en adelante, comienza la evolución de la sociedad, la que milenios más tarde, como bien lo ilustra Kubrick, batallaría con elementos un tanto más sofisticados y veloces por el dominio terrestre, no sin antes construir las más complejas civilizaciones luego de innumerables enfrentamientos. Vemos aquí que el cineasta estadounidense plantea un desarrollo social interesante: del nomadismo, al aferramiento a la tierra después de una primera batalla y como consecuencia de ello sale del suelo, como regalo del más allá, la simetría que simboliza el primer paso de la civilización.

La construcción de las civilizaciones se ha estudiado desde un punto de vista antropológico, sociológico e histórico, entre otras ramas afines, a partir de la contemplación y evaluación cultural de las ciudades de sus monumentos conmemorativos y arquitectura, así como a través del estudio de los trayectos de sus transeúntes y las costumbres más sobresalientes. Para el caso concreto de Bogo-

* Literato de la Universidad de Los Andes. Actualmente cursa la Maestría en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana.

tá, es preciso que hagamos un recorrido parecido al que hace Kubrick para estudiar la civilización global; abordarla desde sus comienzos hasta la ciudad que se nos muestra en la actualidad y la que se plantea para los años venideros.

Comencemos entonces por el primer colombiano de fémur en mano: José Celestino Mutis. Sabemos bien que Mutis no nació en estas tierras y que antes de él, hubo grandes líderes que sí fueron paridos por esta región y que se alzaron en armas para defenderla y poseerla. Pero el caso de Mutis es bien especial. Nació en Cádiz en 1732 (Hernández de Alba, 1976: 62), se convirtió a los escasos 17 años en bachiller en filosofía y medicina, siete años después fue médico titulado ante el Tribunal Real y ya para 1760 estaba en la Nueva Granada como médico personal del virrey. De ahí en adelante, el Sabio tempranero Mutis no volvió a pisar tierras distintas a las que hoy comprenden Colombia.

En Bogotá, antigua Santa Fe, vivían veinte mil personas que se guarnecían en cinco barrios, atravesaban seis ríos, se rezaba en 28 templos, las fiestas se cumplían en 2 plazas, y se castigaba a los herejes y demás malhechores, en una sola cárcel. Ningún monumento, ni construcciones conmemorativas. Las placas en las paredes de las edificaciones apenas señalaban las calles. La conquista y dominio del territorio se habían hecho casi por azar. Sí, había habido sangre, muertos, incendios, duelos, forcejeos políticos, etcétera, pero el sentimiento nacional era sólo hacia tierras al otro lado del mar, de las que se dependía políticamente. Nada de amor a la bandera, lejos todavía de tener un líder verdaderamente popular, o algo que distinguiera a los criollos y los hiciera sentir con una identidad propia, digna de estar orgulloso. Ni siquiera un Pibe Valderrama que los hiciera gritar al unísono. Sólo se estaba en una tierra oscura y atrincherada entre una salvaje naturaleza, devoradora del bien y del mal.

Eso fue lo que recibió nuestro ilustre Sabio: una vaguísima *memorabilia* suspendida en lo alto de unas montañas hostiles. Es importante tener clara la concepción que se tenía de la naturaleza: era lo oscuro, lo incierto, lo indeterminado e innombrado. Era hasta ese momento el enemigo al que había que temer y que había que tener en una vigilancia lejana para no ser devorados o agredidos por él. Pero pronto Mutis se dio cuenta que era precisamente la naturaleza la que había que contemplar de cerca para intentar comprender la civilización que se construía perezosamente. Había que meterse en esos territorios oscuros y peligrosos para indagar, para descubrir la belleza muchas veces sin nombre o llamada en idiomas aborígenes que pronto se extinguirían. Era un proceso de descubrir el mundo en la miniatura, como lo diría Bachelard

(1956: 187), bajo los cristales de lupas cuidadosamente traídas desde Europa por el Sabio.

Y no sólo era hacer un estudio de la vegetación lo que parecía importarle a José Celestino, había que estudiar con los mismos cristales y con el bisturí, o como él mismo lo llamaba, el espíritu de vitrola, para encontrar las intimidaciones que marcaban esta tierra. Era preciso abrir pequeños cachorros para ver si podía encontrar el alma entre sus vísceras, tocarles la parte de adentro del pellejo para darse cuenta de que tenían el don de quejarse cual si fueran pequeños niños en llanto. De suma importancia era mirar el cielo para darse cuenta que la colonia que pisaba no estaba tan al norte como habían imaginado. Pero ante todo, su ciencia escudriñadora se basó en oír lo que decían los chamanes aborígenes, los criollos que jugaban con las hierbas que encontraban, los alquimistas que desde la impureza de su sangre coqueteaban con los delirios de una ciencia deductiva completamente empírica. Parte de lo que oyó lo remitió a revisar los recorridos que se cumplían para poder encontrar la esencia de todo; de esa ciencia completamente mitificada, en la que se basaban los habitantes por un acto de fe, más que por una sabiduría ilustrada.

Hasta aquí Mutis, quien ya se había declarado perteneciente a la Nueva Granada, estaba en el proceso de construcción del arma para reclamar el dominio de las tierras. Se volvió sacerdote para poder estudiar las fauces de la naturaleza sin ser tildado de hereje y, con el visto bueno de la iglesia y del rey Carlos III, se embarcó en la Expedición Botánica persiguiendo los trayectos que habían hecho hasta ese momento sus tímidos o poco apoyados predecesores. Así, pasa por los humedales del occidente de la ciudad encontrándose con la *azucena*, de cuya flor se extraía el elixir para combatir los males de la hidropesía, o la hierba de *malva* para curar las enfermedades de los ojos incluyendo la falta de nitidez en el momento de mirar a lo lejos. Para ese momento, José Celestino ya había tenido relaciones epistolares con el sabio Linneo, quien desde sus prestigiosos laboratorios Suecos lo exhortaba para que continuara con la misión de clasificar, describir y sobre todo nombrar lo que se encontrara en su camino, para poder comprender y dominar las lejanas y desconocidas Américas.

Nos encontramos entonces en 1783. José Celestino Mutis armado, en vez del fémur de Kubrick, con dos lunetas acromáticas, dos ejes polares, micrómetros filiares y oculares celestes, dos teodolitos y un péndulo de compensación con varillas de zinc acero (Hernández de Alba, 1947: 229). Pasaron así los años en que el expedicionario se transformó en un inocente niño que

jugaba en los arbustos. Descubrió en las plantas y animales a las personas que a su lado trabajaban, en ellos se encontró con la esencia de la cultura que lo rodeaba y en la cultura descifró la estructura política y social de la Nueva Granada. De este proceso eslabonado dedujo el porqué de la frialdad por lo autóctono que allí se vivía, en especial en las aisladas ciudades que conformaban la colonia. Refiriéndose a este proceso Mutis escribió a su hermano radicado en España: “No existe el orgullo ni sentimientos que los ligen a la tierra porque parecen desconocer que viven en un paraíso desbordado de fastuosidad y de innumerables posibilidades de las cuales ellos mismos son consecuencia” (Hernández de Alba, 1947: 439).

Se calcula que en la Expedición Botánica José Celestino puso dos mil nombres entre las ocho mil especies que encontró. Los nombres que no otorgó fue porque las plantas no eran señaladas con el dedo, sino que los ‘naturales’ los denominaban de alguna manera en especial y Mutis simplemente les aplicó el genitivo en el momento de poseerlas en latín. Para el año 90 del mismo siglo, el arma que estaba construyendo Mutis, casi de manera inconsciente, fue volviéndose más peligrosa y los criollos que se habían convertido en sus discípulos, decidieron tomarla. Entre ellos, los más representativos son Francisco José Caldas, Jorge Tadeo Lozano, Antonio Zea e incluso su propio sobrino, Sinforoso Mutis. Los postulados de encontrar en lo oscuro de la naturaleza las raíces para poder tener un dominio sobre las tierras fueron atendidos por los que se querían desligar de España; sintieron en sus fueros amor por el terruño que pisaban, y empezaron a convocar masas a partir de los principios de identidad radicados en la pertenencia a una tierra comprendida por primera vez. Ya se había hecho el trabajo de nombrarla y clasificarla y sólo restaba adueñarse de ella aprovechando los recursos dados a conocer por Mutis.

Los españoles, por supuesto, estaban en desventaja. Las órdenes que llegaban de la Madre Patria eran anacrónicas o muchas veces se basaban en las descripciones que había dado el mismo Mutis pero que no se entendían a cabalidad en Madrid, porque los referentes para hacer metáforas ya no se basaban en la España que había conocido, sino en la tierra en la que había vivido la mayoría de su vida. El dinero que se le había dado al ilustre Mutis para crear una herramienta que ayudara al dominio, se convirtió en una pesadilla para la realeza española; la Expedición era pues el fémur, y la independencia se convirtió en la pilastra que emergió de la tierra. El último gesto del sabio José Celestino Mutis fue el de esgrimir, la mano de un niño guiando con su pulso ya tembloroso, para trazar las primeras líneas de una flor sabanera.

Los nuevos trayectos

En los últimos informes del *Plan de Ordenamiento Territorial* de la Alcaldía de Bogotá se dice que hay aproximadamente 7,8 millones de ciudadanos, 1500 centros religiosos registrados como tal, 20 acueductos mayores, de los cuales 8 están fuera del Distrito Capital, 292 acueductos zonales registrados por la CAR y el DAMA y otros 72 registrados por la Secretaría del Medio Ambiente de Bogotá. Hay 5311 lugares de recreación masiva entre parques, zonas verdes comunales, museos, etc. Asimismo, existen 204 sitios de reclusión para personas que infrinjan la ley (Alcaldía de Bogotá, 2000: 96). A su vez, el Instituto Distrital de Cultura y Turismo reporta que hay cerca de 20 mil construcciones en toda la ciudad que registran un evento artístico, político, social o conmemorativo.

No cabe duda que la ciudad ha crecido y que ha habido millones de colombianos, no todos nacidos en el país, que han deambulado anónimamente por los trayectos que conducen a la naturaleza oscura y tenebrosa. Su búsqueda y encuentros han sido incuantificables, y casi inmemorables. Tanto es así, que en este momento no puedo sino recordar un listado que apenas me llena las manos de monumentos que sé qué conmemoran. La pilastra Mutisiana no se convirtió en estatua, ni en obelisco, ni en torres gemelas, ni en nada que uno pueda visitar concretamente. Pareciera que en vez de tener el tótem simbólico, o icono representativo, tuviéramos una gran ciudad con identidades fugaces y efímeras. Pareciera que las veinte mil construcciones que contienen la *memorabilia* hubieran salido de la tierra tan arbitrariamente como sucede en la "Odisea" planteada por el director norteamericano.

Pero de Mutis nos quedó el método. El buscar entre lo oscuro de nuestra sociedad para poder encontrar algunas de las raíces sociales básicas se postula como la forma contemporánea de hablar de nuestra identidad. Así pues, la identidad bogotana deja de tener referentes históricos y sociales que puedan ser recordados en una *memorabilia* registrada en objetos físicos. Por el contrario, nuestra historia y recuerdos residen en metáforas como las que usó Mutis, llenas de curiosidad por encontrar en la oscuridad de la selva las raíces de la sociedad. La diferencia es que la selva ha hecho su metamorfosis hacia el concreto, y en vez de senderos y árboles hay calles y edificios; ya la *napentha* y el sangregado son el Cartucho y San Victorino. La oscuridad, el miedo, lo impredecible, permanecen iguales.

Para centrarnos mejor, es preciso aludir a la novela urbana reciente. A la de Antonio Caballero como reiniciadora del proceso Mutisiano; a la de Mario

Mendoza como la que se mete en los confines de la oscuridad misma; o la de Santiago Gamboa que en vez de tomar la ruta al occidente como Don José, agarra hacia el norte para explorar los oscuros trayectos de domingo bogotano: *Sin remedio* (Caballero, 1986), *Scorpio city* (Mendoza, 1998) y *Perder es cuestión de método* (Gamboa, 1997). Parece que con los títulos de las tres novelas se estuviera rebautizando a Bogotá y toda su oscura naturaleza.

Caballero se mete entre los de la élite, habla desde ellos, mira como ellos; *es* uno de ellos. Desde allí mira el mundo de las flores oscuras de nuestra sociedad; las niñas *bien* que se acuestan con cualquiera que les ponga la sonrisa, el trago y las drogas en la cara, las mujeres no tan *bien* que piden lo mismo, la familia de prestigio que siempre tiene el poder y la plata para pagar al que sea, los nuevos *narcos* que para ese entonces andaban a mil por las despobladas Avenida Suba y Pepe Sierra, los coroneles de jugoso precio dueños de la mitad de la ciudad y de todos sus moteles, los celadores de estos sitios de lujuria y pasión que danzan confundándose con sus reflejos en las paredes de espejo y que terminan sus piruetas en un jugoso beso en la boca con el obispo más respetado que seguramente posee los secretos de cama de toda la alcurnia capitalina. Sí, éste es el Caballero que se mete con las palabras que suenan en las calles, con el ‘oquei’, con el ‘ala mi chino’, ‘si mi vida’, con el ‘perico’ y la ‘traba’, con los conciertos de Telemann y Brahms que se mezclan perfectamente con la salsa de la Sonora Matancera y Richie Rey. Todo esto en la ciudad que va hasta la setenta y dos, en donde todavía gravita la Plaza de Bolívar y no Unicentro.

Mendoza arranca más parecido a Mutis. Construye el diario de un detective que busca la razón de unos asesinatos en serie. Las muertas son prostitutas de la trece. El lugar: San Victorino y El Cartucho. De nuevo un viaje a la oscuridad pero desde abajo; se pone a hablar a los chamanes que transmiten por radio, se lee el periódico amarillo, se indaga a los profetas que, con sus propias pócimas, vaticinan el futuro. Se retoman las palabras y se nombra a Bogotá-Escorpión, Distrito Capital-City. Lo pasmoso del texto de Mendoza es que parte de la ciudad que describe ha sido desmantelada en la realidad. San Victorino ya no es el sitio de las telas y de las putas viejas, sino un parque que conmemora un no-lugar. Ni siquiera una placa que advierta que ahí se construyó parte de la ciudad que hoy tenemos. El libro, como las láminas y diarios de Mutis, es nuestro único tótem referencial.

Ya dijimos que Gamboa nos saca de paseo al norte. Esta vez para buscar la identidad del que podríamos llamar el último colombiano. Es un hombre que

apareció en las postrimerías del Sisga empalado. Se dice que las últimas víctimas de este tipo de suplicio en nuestro país, antes de que una base militar fuera atacada en 1996 por la guerrilla en Las Delicias, fueron a finales del siglo XVIII. Precisamente durante los mismos años en que Mutis andaba demostrando que él no era hereje. El caso es que Gamboa retoma el rito desde el lado periodístico y se pone a indagar en los trayectos del muerto, encontrándose con la oscuridad de la burocracia y a unos naturistas que cambiaron los paseos familiares del fin de semana por estadias al lado del Sisga compartiendo la desnudez. Algo así como la escena del paraíso del Jardín de las Delicias del Bosco, pero en vez de estudiar la procedencia de la naturaleza de cultura occidental, se indaga en la naturaleza del oscuro proceder bogotano.

Entonces parece que estamos en el 2001. Nuestros nuevos José Celestinos, que indagan en lo oscuro por no poder acceder a los monumentos inexistentes, hacen expediciones propias hacia la naturaleza devoradora de las ciudades. Escudriñan, hacen retratos, dialogan con los chamanes locales, con las concedoras del bien y del mal y con las balas nerviosas, todo con el fin de averiguar qué somos y cómo es que tenemos que hacer para armarnos y salir de la mala racha. Ellos están construyendo el nuevo fémur para ver si así podemos levantar la primera pilastra sin que nos sigamos pareciendo a los micos de Kubrick, o que por lo menos no nos tome tan por sorpresa.

Bibliografía

- Bachelard, Gastón (1957). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Caballero, Antonio (1984). *Sin remedio*. Bogotá: Oveja Negra.
- Gamboa, Santiago (1997). *Perder es cuestión de método*. Bogotá: Norma.
- Hernández de Alba, Guillermo (1947). *Archivo epistolar del sabio naturalista José Celestino Mutis*. Tomos I y II. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.
- _____ (1976). *Diario de observaciones de don José Celestino Mutis*. Bogotá: Instituto de Cultura Hispánica
- Mendoza, Mario (1998). *Scorpio city*. Bogotá: Seix Barral.